

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral de los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

SUMARIO

	Páginas	
El cielo	3	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
El mar cercano	33	<i>José Canal.</i>
Recuerdos: Lógica.....	35	<i>Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.</i>
La madre y el hijo (fragmento).....	37	<i>Gabriel Ulloa.</i>
Nuestros clásicos: Farsa de la Natiuidad (fragmento)	38	<i>Diego Sánchez de Badajoz.</i>
Las empresas marítimas del gran Duque de Osuna	41	<i>Angel Dotor.</i>
Ideario Extremeño	50	<i>Fray Juan de los Angeles.</i>
Soneto a Santurce	51	<i>Mario Angel Marrodán.</i>
Páginas antológicas: El rosario de mi madre	52	<i>Salvador Rueda.</i>
La meretriz.....	53	<i>Julián Gustems.</i>
Sonetos del amor divino: Divino amor.....	56	<i>T. Cepeda Gil.</i>
Gerifaltes extremeños: Luis Chamizo, Fran- cisco Valdés, don Adrián Sánchez Serra- no, el cura de Colón	57	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Pensamientos	69	<i>Balzac, San Agustín, Lope de Vega.</i>
¿Por qué, Señor?	70	<i>Amadeo Lorenzo</i>
Cuarto centenario: Doña Luisa de Carvajal y Mendoza	71	<i>Teodoro Fernández.</i>
Conjuro romántico	78	<i>Arturo Enrique Sánchez</i>
Comentarios: Guadalupe, Trujillo, monu- mental e histórico, el Corpus en Indias..	80	<i>Marcelino González-Haba.</i>
Crítica sin hiel.....	89	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Mirador: Crónica	91	<i>Julio Cendal Peñalver.</i>
Recensiones.....	100	<i>C. C. S.</i>
Noticia de Revistas	103	<i>Equis.</i>
Libros recibidos	104	
Láminas.....		
		<i>Nuestros artistas: Victoriano Martínez Terrón. Fotos Javier y Arribas.</i>



ALCANTARA



D. Legal CC -26 - 1958

Año XX

JULIO a DICIEMBRE, 1966

Núm. 147

El cielo ⁽¹⁾



EMPEZÓ a verse en la lejanía una pequeña mancha de luz lechosa. A poco Itacos notó en torno suyo cierta claridad difusa y leve. Como avanzaba a una marcha increíble, todo se fué iluminando de modo gradual y cuando quiso darse cuenta de este maravilloso fenómeno, resplandecía el espacio como un ascua de oro. Después la luz se hizo cada vez más brillante, y la rojiza claridad como de cobre, tomó un fuerte tono argéntico.

Sobre una especie de nubecillas o cirros, algo así como unos tules flotantes en el éter, había varias almas. Itacos vio como éstas se le incorporaban y seguían su ruta. Intentó nuestro héroe decir algunas palabras que a la par que eran una salutación explicasen su presencia allí, pero una de las almas se adelantó de este modo:

—No es necesario que nos digas nada. Te estábamos esperando. Eres Itacos, el gran filósofo de San Marino y llegas a estas esferas después de haber recibido las enseñanzas de Flautos.

Agradóle a Itacos que ya hubieran llegado allí noticias suyas y como no había conseguido desprenderse del todo de cierta vanidad mundana, sintióse íntimamente halagado al oír expresarse en tales términos a aquella alma innominada.

—Si quisieras decirme tu nombre —propuso nuestro filósofo en la forma más amable de que fue capaz.

(1) Capítulo de *Viaje al cielo*: poema épico-burlesco, en prosa, recientemente publicado.

—Puedes llamarme Juan, si quieres.

—¿Juan qué? —preguntó Itacos con la natural curiosidad.

—Juan a secas. Traes los resabios del mundo de donde procedes. Aquí nos llamamos por el nombre. Todo apellido está ligado el pasado y aquí el pasado sólo sirve para legitimar nuestra presencia en el cielo, mas una vez legitimada poca o ninguna atención concedemos a lo que fuimos o representamos.

Nada se atrevió a responder nuestro héroe, pero dióse a pensar qué Juan sería. ¿El Evangelista? ¿El Bautista? ¿Nepomuceno? Después se acordó del místico Juan Tauler, de Estrasburgo; del beato Juan de Avila y de fray Juan de los Angeles. Y como la candelita de la curiosidad continuaba encendida, aventuró estas maliciosas palabras:

—Fuí en vida devoto lector de las *Instituciones divinas* y de la *Imitación de Cristo*, de Juan Tauler. Si fueras tú el mismo ¡cuánto me place y honra ir en tal compañía!

—Admitamos que así sea —observó Juan— pero ten presente que en este mundo, que es el primero y el más hermoso de todos, se olvidan de seguida las glorias pasadas.

Satisfízole a Itacos haber acertado y como observase que la brillante claridad que les rodeaba, como un mar de luz cegadora, se iba haciendo cada vez más intensa, inquirió:

—¿Qué sol, jamás presentado por mente humana alguna, es éste que irradia tal luminosidad?

—Aquí la luz no procede de astro ninguno —respondió Juan—. Este finísimo elemento en que estamos sumidos es la luz misma, y a medida que ascendemos de una esfera a otra se intensifica.

Tras un brevísimo silencio observó Itacos:

—Flautos me enseñó muchas cosas, pero no todas por lo que veo.

—Te enseñó las que tú quisiste saber. Puesto como estabas en el umbral de la verdad, inquiriste la solución de los graves problemas que al hombre inquietan tanto, pero ni los agotaste, ni tuviste en cuenta que había otras cuestiones mucho más importantes.

A medida que ascendían, el espacio se iba llenando de algo así como pequeñas islas flotantes pobladas de seres. Tales arrecifes, pues algunas de ellas estaban próximas entre sí, parecían unas sutiles y transparentes túnicas extendidas en el aire. Su delgadísima estructura daba idea de que las almas que aparecían en estos planos ideales, poco o nada debían de pesar. Y esta creencia aumentaba al verlas ir de un lado a otro con los movimientos más ingravidos que cabe figurarse.

—Si me permites hacerte una observación, Juan, te diría que una de las cosas que más me gustaría saber es quiénes son estas almas que surgen a nuestro paso —se aventuró nuevamente Itacos—. Lamento que las normas o prácticas del cielo se opongan a mi curiosidad. Si cuando llegamos a un remoto país nos produce enorme alegría encontrarnos con personas conocidas, figúrate, Juan, lo que sería para mí que me fueras diciendo: «Ese que ves ahí es San Anselmo. Aquél, Santo Tomás... Esa alma de los ojos dulcísimos y misericordiosos, es Santa Isabel de Hungría, y esa otra, Santa Teresa de Jesús, la doctora mística»... Y te digo esto, porque todas estas figuras gloriosas me son muy afectas, y tengo el mejor concepto de sus obras o de sus acciones.

—No existe prohibición alguna que impida satisfacer tu curiosidad —repuso Juan—. Quise darte a entender con mis palabras que nuestro pasado es lo que menos gravita sobre nuestra conciencia, y más tendemos a olvidarnos de él que a tenerlo presente.

—¡Oh, cuánto agradezco tu aclaración! —exclamó nuestro héroe lleno de júbilo—. Así podré preguntarte cuando no pueda reprimir mi curiosidad. A algunas de estas almas —añadió— no me sería difícil reconocerlas; pero me asalta el temor de que aquella cuestión que se plantease cierto escritor español sobre si las almas adoptarían en esta vida distinto sexo del que tuvieron en la Tierra, pueda tener algún serio fundamento, en cuya caso ya no me resultaría tan fácil identificarlas.

—¡Oh, oh! —disparóse una de las almas que iban con Itacos—. Ya sé a quién te refieres. Al autor de *Pepita Jiménez*, que era un redomado socarrón.

Dedujo Itacos de estas palabras que también el alma que las había proferido había pertenecido al mismo mundo que él, y tal cosa le satisfizo.

—Temía que estas almas que me rodean —observó nuestro héroe dirigiéndose a Juan— procedieran de otro planeta distinto del mío; pero sospecho que somos conterráneos en el sentido más lato que puede darse a esta voz. De todos modos me gustaría saber si hay en el cielo habitantes de otros mundos.

—Naturalmente que sí —repuso Juan con la certidumbre de quien está en posesión de la verdad—. El cielo, como tú no ignoras, es el premio de los que han sido buenos en la otra vida, de los que han procurado siempre una mayor perfección moral. Y este anhelo no es privativo de este o aquel mundo. Todos los seres creados a imagen y semejanza de Dios son libres y pueden consiguientemente elegir

entre el bien y el mal. La felicidad del mundo, cualquiera que sea éste y en tanto no haya respetado la voluntad divina, es imperfecta y efímera. En cambio, la felicidad que aquí gozamos, aunque admita grados de intensidad, colma todas nuestras apetencias. Es lógico, pues, que en la otra vida, las almas de los mundos habitados en que hubo transgresión de la ley de Dios, intenten hacerse acreedoras del premio celestial, y las que lo consiguen vienen aquí a aumentar el número de los bienaventurados.

Tras de titubear un momento, dijo Itacos:

—Si el ejercicio constante de la virtud, las buenas obras y el amor de Dios son los títulos que os han permitido el acceso a la Gloria, no sé, por mucho que pienso en esto, por qué se me ha consentido a mí la entrada en este reino de la felicidad verdadera, pues no creo haber contraído los méritos necesarios para recibir tal premio.

—La misericordia de Dios es infinita —exclamó una de las almas que formaban el singular cortejo.

—Sólo así puede justificarse mi presencia en estas esferas celestiales.

—Tus errores filosóficos y científicos —intervino Juan de nuevo— admitían cierta disculpa. Es natural que los hombres luchen sin descanso por descifrar cuantos enigmas excitan su curiosidad. En el intento de tal logro suelen cometer muchas torpezas, si bien no todas de la misma índole y de igual grado. Las tuyas no fueron graves del todo. Por otra parte, de tus aciertos beneficióse considerablemente la humanidad.

Agradeció Itacos a Juan sus benévolas palabras, pero insistió, profundamente convencido, en el escaso patrimonio de sus merecimientos.

—Admitida la posibilidad de que mis yerros, como hombre dado a la investigación de la verdad, tengan disculpa, he sido egoísta, ambicioso, y muy pagado de las glorias mundanas.

—La justicia divina no practica el principio de ojo por ojo y diente por diente de la ley mosaica —afirmó otra alma que hasta ahora había permanecido en silencio—. Algún fondo de bondad habrá descubierto Dios en tu corazón cuando te ha llamado a su reino.

Habían disminuído la marcha, quizá porque nuevos estadios y nuevas almas iban ofreciéndose a los ojos de Itacos. La luz tenía ahora un tinte más bello. No era de reflejos metálicos, como plata fundida y resplandeciente. Parecía como si a tal luminosidad argéntica se añadiesen el rosa y el ámbar. Los bordes de lo que hemos dado en llamar nubecillas o cirros y que eran como unos planos idea-

les que sirvieran de sustentáculos sutilísimos a las almas, se tiñeron de una suave coloración en la que debían de ir mezclados los colores del iris. Empezó a oírse un lejano rumor de música, que cada vez se hizo más audible. No se apreciaban del todo los componentes de aquella hasta ahora oculta orquesta, pero la finura y delgadez de los sonidos indicaba, sin lugar a dudas, el predominio de la cuerda. Itacos rememoró algunos trozos de los preludios de *Lohengrín* y de *La gruta de Fingal*. Naturalmente que esta música inefable superaba en grado superlativo aquellos pasajes de la inspiración humana, pero no dejaba de existir entre una y otra cierta semejanza recóndita.

—Me placería mucho detenerme a conversar con estas almas—, observó nuestro héroe a la vez que miraba con curiosos ojos a cuantas aparecían en torno de él— pero si a medida que ascendemos por este ámbito ideal, se harán más perceptibles y distintos los acordes que llegan a nosotros, continuemos nuestro camino.

—Estas almas que nos rodean —indicó Juan son las de los Padres y Doctores de la Iglesia. Bastará decir que gozan de la visión beatífica para que puedas tener idea de su felicidad.

Itacos advirtió, efectivamente, en aquellos esclarecidos habitadores del Cielo una suavísima dulzura que se les derramaba hasta anegarlos. Tenían el ingrávigo continente de quienes estuvieran como suspendidos en el aire. Una lechosa claridad, semejante a la lívida blancura del alba, cuando ninguna nube aurirrosada o cárdena ensangrienta el cielo, les envolvía como nimbo de luz. Y toda la figura, grave y aseñorada —con señorío ultraterreno y seráfico— trascendía a lo sobrenatural.

—San Ambrosio, San Bernardo, San Cirilo de Alejandría, San Jerónimo, el Doctor Sutil... —anunció una de las almas acompañantes.

—Todos ellos sostuvieron en vida el dogma de la visión beatífica —afirmó Itacos que recordaba sus lecturas teológicas—. Y por lo que dices, Juan, a todos se les ha deparado ya la visión intuitiva sobrenatural de Dios.

Pasó por delante de ellos una interminable procesión de ángeles, cuya fuerte resplandecencia parecía que iba a cegar a quienes los contemplasen. Formaban como una cadena de brillantes eslabones. Iban provistos alternativamente de cítaras y arpas, salterios y címbalos, que llenaron el espacio de melodiosos sonos. Recreóse Itacos en oír tan deliciosa música y acabó por sentir que se le humedecían los ojos de placer y que un dulce desmayo se iba apoderando de él.

—Ya comprenderéis, almas que me dáis compañía en esta ideal andadura —dijo nuestro filósofo en un tono que recordaba sus dis-

cursos académicos, por lo que dándose él mismo cuenta de ello trató de imprimir otro aire a sus palabras— la importancia que tiene para mí oír esta música. Conocedor de que las siete notas de la escala, debidamente combinadas, nos ponen en cada caso en posesión de la verdad, trato de descubrir en estos acordes maravillosos que halagan nuestro oído, las profundas significaciones que pudieran contener. Mas como estoy poco diestro aún en aplicar a esta música la clave que ya conozco, ¿sabe Dios cuántas hermosas verdades me pasarán por alto!

Tañían los ángeles sus instrumentos con la mayor ternura. Apenas posaban los dedos en las cuerdas. Y como estaban envueltos en una claridad radiante, las doradas clavijas despedían cegadores destellos.

—¿Será necesario deciros que fui siempre un fervoroso entusiasta de la música —prosiguió Itacos, profundamente estimulada su imaginación por aquellos dulcísimos sonos—. No creo que haya existido en la Tierra un solo pueblo ajeno del todo a este arte. Con instrumentos rudimentarios o de una perfección propia de adelantadas edades, allí donde un hombre pisó el suelo cantóse o ejecutóse alguna melodía. Mi interés por tal arte me llevó a considerarlo ya en sí mismo, ya por los efectos que producía en los demás, y será difícil que se me pueda señalar cosa cualquiera relacionada con la música, que me haya pasado inadvertida. No creeré yo que Peón devolviese la salud a los enfermos desahuciados por la ciencia, con alegres tonadas o canciones, ni que Asclepiades restituyera a los sordos tan preciado sentido como el del oído, a fuerza de trompetazos. Pero estimaré siempre del peor gusto aquel juicio de Napoleón, respecto de la música, según el cual ésta era de todos los ruidos el menos desagradable. ¡Y a un hombre que pensaba así le dedicaron varios músicos sus composiciones más inspiradas!

Calló un momento, y como advirtiese que no desagradaban sus palabras a Juan, ni a cuantas almas iban al lado de ambos, continuó:

—Es la música arte divino, bien lo vemos, y genial atisbo fue el del santo rey David cuando en sus Salmos convida al pueblo de Israel a cantar y alabar al Señor, al son de clarines; con el salterio y la cítara, los panderos y los címbalos. Ninguno de los otros artes puede compararse a éste, y dudo que estuviera en su juicio Laprade cuando afirmó que la música es arte vaga, inconsciente, casi irracional, sin nexos alguno con el sentimiento moral, ni la conciencia; arte a todas luces inferior y la postrera entre las derivadas... ¡Qué pedernal tendría por corazón y qué corta y estrecha la mente! Tengo yo a la mú-

sica por el más humano y universal lenguaje, y dudo que ninguno otro sea tan apto como éste para expresar los afectos inefables del corazón, las ideas vagas e indefinibles. Allí donde la lengua enmudece, el arte del sonido canta, tras una intuición de nuestras ideas y sentimientos. Mas representando para mí cuanto queda dicho, jamás pensé que fuera el único y verdadero lenguaje de la verdad. ¡Menuda revolución en el orden especulativo y científico! Como tú sabes, Juan, en el mundo de donde yo procedo hay multitud de cuestiones por resolver. Desalentados los hombres por la inutilidad de sus esfuerzos, están empezando a volverse de espaldas si no lo están ya del todo, a la filosofía pura. Cuando se detienen a considerarla ven que es un constante tejer y destejer; que no se ha alcanzado hasta ahora nada permanente y durable, y derivan al campo de las ciencias positivas. En vez de buscar la razón de ser de cada cosa, que es el ansia legítima del entendimiento, la luz en que quisiera abrasarse, se conforma con estudiar los efectos. Imagínate, Juan, y almas que me acompañáis tan gentilmente, si en la Tierra se supiese que basta conocer el sentido de cada nota de la escala y las combinaciones con ellas posibles, para que se descorran todos los velos y se disipen todas las tinieblas. ¡Ah, aquel «luz, más luz!» que dijo el poeta alemán, habría que cambiarlo por un ¡«música, más música!».

—Aquí, como comprenderás, mi buen Itacos —razonó Juan después de un breve silencio—, las siete notas de la escala no sirven para expresar el íntimo sentido de las cosas y comunicar entre sí cuantas verdades existen, sino tan sólo para cantar y alabar al Señor. Las almas de los justos y bienaventurados que han sido premiadas con su acceso a esta mansión celestial, ven a Dios mediante una ayuda sobrenatural.

—El *Lumen Gloríae* de que nos hablan los teólogos— dijo Itacos.

—En efecto; —afirmó Juan— pues las solas fuerzas naturales no bastan para conseguir la intuición de Dios.

—Punto ha sido éste muy discutido en Teología —intervino de nuevo nuestro héroe— si bien la generalidad de los pensadores en tal materia se inclina del lado de la ayuda sobrenatural.

—Pues bien —añadió Juan, sin reprocharle a Itacos aquellos efluvios de mundana erudición— la visión beatífica depara a los elegidos el conocimiento de todo cuanto juiciosamente pretendan alcanzar, y consiguientemente para nada hace falta ya la música como lenguaje de la verdad. Las cítaras, los clarines, las arpas y los címbalos cumplen aquí, como ves, un fin más desinteresado y supremo, cual es cantar y encarécer lo que está por cima de todas las cosas creadas.

Aún resonaban en los profundos senos de aquel inmenso ámbito los dulces acordes que la ángélica multitud arrancaba a sus instrumentos. Mezclábanse los graves con los agudos, y alternaban los ritmos o bien un lento pianísimo, de adelgazadas y sutiles sonoridades, se prolongaba un buen rato hasta perderse en la lejanía de su acabamiento.

—Después de gozar con la intuición de Dios —reafirmó Juan— de elevarse hasta la esencia divina y sumirse en ella como en inefable piélagos de luz increada, ¿qué cosa puede solicitar ya la atención de nuestra mente? Ni la materia, ni el éter, ni las especies inteligibles de Aristóteles, ni las *mónadas*, ni el *noúmenon*, conseguirán atraernos. ¡Qué pesado bagaje es el tuyo, Itacos! Aún no has podido desprenderte de él.

Profundo dolor causaron estas palabras en la conciencia de nuestro héroe. Pero, a pesar de todo, la Sorbona, el laboratorio, Teresa y Juan iban tomando caba vez forma más tangible entre las brumas de los recuerdos.

—Mirad, no puedo apartar de mí la idea de volver a la Tierra —dijo Itacos, con el alma llena de melancolía.

—¡Vanidad, vanidad; todo eso es vanidad! —exclamaron a coro las almas del cortejo.

Y Juan concretó mejor el sentido de estas palabras.

—¿Crees, mi buen Itacos, que los millones de seres que habitan la Tierra serán más felices, ni subirán un peldaño más en la escala de Jacob porque sepan qué es la materia, o el tiempo, o el infinito? ¿Y para satisfacer tu vanidad de sabio vas a renunciar a cuantos sobrenaturales gozos aquí te esperan?

Enmudecieron todos ante el sorprendente espectáculo que se les ofreció. Envueltas como en una atmósfera de desvaída luz crepuscular aparecían por doquiera multitud de almas sumidas en delicioso éxtasis. Unas arrodilladas y otras de pie, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Había en sus ojos y derramado por el semblante como un río de infinita ternura. Nada se decían, pues cada una parecían un islote respecto de las demás. El arrobamiento en que estaban las tenía apartadas de toda relación subjetiva con las cosas que había en torno. Debían disfrutar en aquellos instantes la más intensa e inefable emoción.

—Son los Mártires —observó Juan, a la vez que detenían la marcha— San Pancracio, que a los catorce años selló su inocencia con el martirio; Santa Cecilia, que murió de tres hachazos; San Clemente, que fue echado al mar con un ancla atada al cuello; Santa Cata-



NUESTROS ARTISTAS. — «Casas del Guijo de Santa Bárbara», por Victoriano Martínez Terrón. (Foto Javier).

lina, que tras de contender con varios filósofos gentiles y convertir a muchos de ellos al Cristianismo, fue decapitada...

—¡Sí, sí, son el resplandeciente ejército de los Mártires! ¡Aleluya! ¡Aleluya! —exclamaron las almas del cortejo.

Ceñíanse como una túnica blanca e inconsútil, que se alargaba hasta los pies, y un nimbo de luz les circuía la cabeza. Bien denotaban sus actitudes que acababan de gozar de la intuición de Dios o que iban a disfrutar de ella ahora. La dulce claridad que les envolvía, como una atmósfera sobrenatural, parecía proceder de la fusión de delicadas tonalidades, como si rotas miles de piedras preciosas en un sinnúmero de diminutas partículas, hubieran formado polvo tan sutil.

—La felicidad —dijo Juan una vez reemprendida la marcha —es el objeto a que se dirigen las ansias de todos los hombres. Apartan el dolor de sí, porque el dolor, según lo miráis, es el polo opuesto de la felicidad. Y se cree generalmente que cuantas menos veces nos visite el dolor, más felices seremos. La pretensión humana consiste, pues, en tomar aquellos caminos cuyas márgenes risueñas y floridas nunca nos recuerden que existe el sufrimiento, el llanto, la amargura, la desesperación. Que al alargar las manos tengamos a su alcance el objeto deseado; que podamos satisfacer todas nuestras hambres, legítimas o no, con tal de que nos deparen algún gozo. Sin embargo, acabas de ver como el más fuerte de los dolores: el martirio, por cuanto es la privación de la vida, depara la más fuerte de las alegrías: la visión de Dios. Compara, mi buen Itacos, este placer con los que tuvieron a lo largo de su vida príncipes y sátrapas, y dime si el dolor no puede ser fuente del mayor gozo posible.

—Embobado quedé al contemplar a esas almas, Juan —observó nuestro héroe—. Ningún pintor del mundo, ascético o místico, se ha aproximado siquiera a tales expresiones de beatitud y de arrobamiento. ¡Qué abismos hay de lo vivo a lo pintado! Gozo daba ver esas caras iluminadas por la santidad y la satisfacción. Almas que dieron la vida mortal por Cristo, como Cristo la dio por nosotros, y que ahora son retribuidas con el más alto premio. ¡Admirable, mil veces admirable! Pero piensa Juan que la ciencia tiene también sus mártires; que muchos investigadores, como Giovanna Pauletta y el doctor Stein, perdieron su vida al realizar un ensayo, al manejar por primera vez elementos no conocidos del todo. Y que no buscaban con sus estudios y experiencias sino algún beneficio para la humanidad. De mí puedo decirte que estuve en peligro muchas veces. Si examinaras mi cuerpo verías en él las huellas del dolor físico, y es po-

sible que allá en los profundos senos de mi conciencia descubras aún la señal de las más tremendas inquietudes. Mi aprendizaje fue muy duro. En muchos años no supe lo que era una diversión, o un capricho, o un placer. Desvelos día y noche; libros, fórmulas, meditaciones; tejer y destejer, mil intentos frustrados. La complicada construcción de una teoría que se desploma y que hay que levantar otra vez sobre nueva base... Y tras un fracaso otro, y otro... y sabe Dios cuánto así, sin salir de las tinieblas en que de ordinario nos movemos. Queden salvadas todas las distancias que median entre unos mártires y otros, dada la incalculable diferencia que entre sus fines existe, pero no subestimes por demás lo que hay también de heroico y abnegado en la vida de los hombres de ciencia.

—Sería poco juicioso no reconocerlo así—repuso Juan, con dulce y persuasiva voz— Pero ¿hicistéis siempre buen uso de vuestros adelantos? ¿Tuvieron vuestros descubrimientos e invenciones lícita aplicación? ¿Qué reproche podría haceros el Señor si empleásteis la inteligencia de que os dotara, en el bien común? Cada obra sería entonces un canto o alabanza de Dios. Hicistéis la vida más fácil y grata; devolvisteis la salud a los enfermos que parecían incurables; acortásteis las distancias para llevar de uno a otro extremo del mundo mensajes de amor y estrechar así los lazos de hermandad entre los hombres... Mas en el fondo de vuestras conquistas se está oyendo siempre la risa de Satanás. Atesoráis la fuerza de la naturaleza para destruir. Ensangreotáis la vida de los pueblos. Vuestros mensajes son de odio. Disponéis de la violencia y del terror, como armas poderosas con las que dirimir vuestros conflictos, y ni una sola vez atestigúáis con vuestros actos que sois criaturas de Dios.

Aguantó Itacos la dura reprimenda y no intentó refutarla porque a lo lejos y sobre algo así como una nube de ópalo, con los bordes de oro y nácar, apareció el más brillante concurso que puede concebir una imaginación exaltada. Multitud de ángeles mostraban su simpár hermosura a los ojos atónitos de nuestro héroe. Habíanse colocado en tres planos distintos, cada uno de los cuales correspondía a una jerarquía de tres grados. En primer término estaban los serafines, querubines y tronos; en segundo, las dominaciones, virtudes y potestades, y en el último los principados, arcángeles y ángeles. Pero tal orden jerárquico debía de tener un valor más intrínseco que externo, pues cuantos constituían los nueve coros angélicos, eran de la misma resplandeciente hermosura. Vestían de blanco y llevaban ceñida al cuerpo una banda de oro finísimo. Al contemplarlos nuestro héroe comprendió que San Juan, en las apariciones

que tuvo de un ángel, llegase a creer por dos veces que era Dios mismo quien se le había mostrado. ¡Qué majestad, grandeza y hermosura no descubriría en él! A hacer más atrayente tan magnífico concurso contribuía el fondo azul del cielo, de una diafanidad maravillosa. La luz radiante que ahora se enseñoreaba del espacio los envolvía en ideal atmósfera, como si se hubieran fundido en un solo resplandor los destellos de todos los soles. Y subió de punto la admiración de Itacos cuando aquella multitud de príncipes del cielo, muchos de ellos provistos de cítaras, arpas, adufes y címbalos prorrumpieron en delicioso canto. Las voces, de variados timbres, pastosas unas, de contraltos las otras, y adelgazadas como saetas las más, se recostaban en la blandura sinfónica de los instrumentos de cuerda. Era una melodía jamás oída. Itacos pensó que si se hubiera formado una sola inspiración con las de todos los músicos del mundo, habría quedado muy por bajo de la que movía las manos y el canto de aquellos elegidos de Dios. Ya caían las voces en graves sonoridades y rodaba el eco en los profundos abismos, ya se hacían vibrantes y sutiles, como ardientes gritos del alma. A los crescendos sucedían los pianísimos, que expiraban con un ligero temblar o trémolo. Hosannas y aleluyas llenaban los anchos ámbitos o enmudecían de pronto las voces y sólo continuaban sonando los instrumentos músicos, que a través de sus tensas cuerdas y por efecto del plectro bien meneado, desarrollaban dulces armonías. Otras veces tan sólo una voz cantaba y la seguían las cítaras con el rumor o quejido de sus notas.

—Mira, Itacos; ese ángel que canta solo —afirmó una de las almas que acompañaban a nuestro filósofo— arrebató la vida en una noche a ciento ochenta y cinco mil soldados de Senaquerib, que había blasfemado de Dios.

—Y el que está a su derecha —notó otra de las almas— dio el Viático a San Estanislao de Kostka y a San Ramón Nonato.

Atacaron ahora con más bríos si cabe, aquella sinfonía triunfal y gloriosa que venían ejecutando. La luz cada vez más fuerte, se quebraba en fúlgidos destellos en el cordaje y las clavijas de las arpas. ¡Aleluya! ¡Aleluya! Era un grito torrencial y ensordecedor. Los plectros herían más vigorosamente las cuerdas de los instrumentos, cuya sonoridad había llegado a su plenitud. Parecía una pleamar de sonidos, pues las voces habían alcanzado también su más alta expresión patética. Los rostros de los ángeles resplandecieron de pronto y las rubias cabezas se nimbaron de luz. ¡Loor a Ti, Señor de las

alturas! La sinfonía se convirtió en un himno, y las últimas notas de éste fueron ahora como un solo clamor.

—Creí que iba a perder el sentido — exclamó Itacos, con la voz transida de emoción.

—Lo comprendo — dijo Juan por todo comentario.

Reanudaron la marcha. Tras un rato muy breve de silencio, nuestro héroe dejó traslucir el cúmulo de curiosidades que le bullían en la mente. ¿En qué parte del cielo estaban los filósofos, los matemáticos, los físicos, los biólogos que tanto habían contribuido con su ciencia al progreso humano? ¿No podría conversar con San Agustín, con San Alberto, Magno, con Santo Tomás o verlos al menos? Los grandes capitanes que habían derramado su sangre por llevar la civilización de una a otra parte del mundo ¿tenían algún sitio señalado entre los elegidos del Señor?

—Te preocupas demasiado de los demás y nada o muy poco de ti — repuso Juan—. Tienes los mismos resabios de los hombres de ciencia que han llegado a entrar en el cielo. Como perdura en la memoria de cada uno el recuerdo de las batallas reñidas por el logro de la verdad, quisieran resolver de golpe y para siempre sus eternas dudas, sus no resueltos problemas, y tan pronto vislumbran la posibilidad de resolverlos, disparan sus preguntas e interrogaciones. Tú has conseguido descifrar hasta ahora algunas verdades, pero no todas, y te acucia el deseo de saber esto o aquello. Además, según vaya aclarando tus dudas y satisfaciendo la curiosidad, sabrás a qué atenerte respecto de la estimación que al Señor hayan merecido filósofos, físicos y matemáticos, y si la civilización llevada a punta de bayoneta a tales o cuales pueblos de la Tierra es acto que puede conciliarse con el «No matar» del Decálogo. ¿No es eso?

—Todo hombre de ciencia es un hidrópico que no consigue saciar del todo la sed — se limitó a decir Itacos.

—Pues dirige esa sed a más altas cosas — observó Juan—. ¿Qué beneficios puede recibir tu alma de que se te diga que este o aquel filósofo, físico, matemático o biólogo está o no está aquí; que los que para civilizarlos derramaron la sangre de sus semejantes están en el Infierno o en la Gloria? Piensa en que vas camino de la verdad absoluta y que lo único que debe preocuparte es tener el alma en situación de merecer a tal fin la ayuda sobrenatural necesaria, y que para conseguir tal estado de gracia, no creo que sea lo mejor tener la mente llena de preocupaciones filosóficas o científicas.

—Sí, sí, debes pensar bien cuanto te dice Juan — exclamaron a una las almas del cortejo.

Itacos reflexionó un instante y después habló así:

—Poco a poco y no saquemos las cosas de quicio. El respeto y la estima que me inspira la ciencia no debe sorprenderos. Me he pasado más de medio siglo doblado sobre los libros y el microscopio; entre matraces y retortas; con la tiza del encerado en la mano y la cabeza llena de fórmulas, teoremas, leyes e hipótesis. Y pretendéis que eche por la borda todo este bagaje, como si se tratara de un lastre inútil, como la basura que arrojó a la calle aquel grupo de agrigentinos beodos de que nos habla Timeo. Es verdad que es muy lento el ritmo de nuestras conquistas, que la humanidad es muy vieja ya y son contadas las conclusiones ciertas obtenidas hasta ahora. Sabemos poquísimo de todo, pero ¿por qué negar o rebajar el valor de este esfuerzo? ¡Cuántas decepciones! ¡Cuántos desmayos de la voluntad superados por fin! Es innegable que en estos últimos tiempos, por la cuenta que les tiene, los Estados no sólo subvienen a las necesidades de la ciencia, sino que incluso hipotecan la actividad de los sabios. Hoy se alquila el saber o si esto pareciera duro, se contrata, y merced a la ayuda económica de los Gobiernos, la ciencia se desarrolla más fácilmente y más de prisa. Pero ¿y antes? ¡Ah, antes todo provenía del esfuerzo propio! El sabio era como un Robinson abandonado. Se le miraba con desgana. Enterrado en vida, que prefería el silencio y la soledad de su gabinete de trabajo, a las fuertes atracciones que nos ofrece el mundo. Y a veces — Anaxágoras, Galileo y Servet, por sólo citar a los que primero acuden a mi memoria — se les perseguía, condenaba e incluso arrancaba la vida. Pues bien; a esa legión de insatisfechos, de curiosos impenitentes, que iban en busca de la verdad, sin otro estímulo que la sed de ella y el aborrecimiento del error, ¿nada debe la humanidad? ¿Ningún mérito han contraído respecto de la vida futura? Muchos de ellos no son unos simples especulativos, enredados en el perchel de sus lucubraciones; sutilísimos artífices de teorías. No. Son los grandes benefactores del hombre. Arquímedes, con su famoso principio reportó al mundo las ventajas de la navegación por mar y aire. Graham Bell inventó el teléfono, Franklin, el pararrayos y Morse, el alfabeto. Gilbert fundó el método experimental de la Medicina. Torricelli descubrió el barómetro, y consiguientemente demostró el peso del aire. Alonso de Santa Cruz contribuyó con sus inventos a la seguridad de la navegación. Ottón de Guericke descubrió la repulsión eléctrica. Faraday estableció la ley de la inducción. Pedro Núñez inventó el nonio, Huyghens el reloj y Edison el fonógrafo.

—¡Oh, oh, oh!... — exclamó de pronto el alma de Corrado Gesner,

monstruum eruditionis, que con la boca entreabierta por la admiración, no quitaba ojo a Itacos.

Nuestro héroe siguió, impertérrito:

—Pasteur descubrió las fermentaciones, fijó las bases de la suero-terapia moderna y del origen infeccioso de muchas enfermedades. Las leyes de Joule son de grande aplicación para producir calor o luz. Fue Joule uno de los físicos que establecieron el principio de la conservación de la energía. Maxwell construyó la teoría electromagnética de la luz, que indujo a Hertz a uno de los descubrimientos más notables de la Física. Krönig y Boltzmann contribuyeron poderosamente a establecer de un modo más perfecto la teoría mecánica del calor, ya vislumbrada por Baebus. Carnot, al desarrollo y perfeccionamiento de las máquinas térmicas. Roentgen descubrió los rayos que llevan su nombre. ¿Qué beneficios no recibió la humanidad de tan portentoso hallazgo? Ponen ante los ojos regiones que siempre estuvieron ocultas al hombre; sirven de tratamiento terapéutico y se aplican a la cristalografía y la metalografía. Jorge Ohm; a quien como homenaje a su memoria la ciencia ha dedicado la unidad de resistencia. Bohr tuvo la inspiración de aplicar al modelo atómico de Rutherford, la teoría cuántica. Ressoovsky y Zimmer han demostrado que el *gene*, es también un sistema de dimensiones moleculares. Y al análisis espectral se debe la comprobación de ciertos elementos en el sol o en los astros y el haber averiguado que los espectros de la Luna y de los planetas se asemejan al solar... ¡Ah, si no fuera porque no debo abusar de vuestra benevolencia, Juan y almas anónimas que me acompañáis, sería esto el cuento de nunca acabar! En tropel acuden a mis mientes Kepler, Clusius, Hooke, Ostwald, Newton, Steiner, Moseley y tantos otros diligentes observadores de la naturaleza ¡Héroes de la soledad y del silencio! En cualquier parte que estéis, yo os saludo.

Esta alocución excesivamente vibrante no debió de ser del agrado de las almas que formaban el cortejo de Itacos, y quizá hubieran hecho patente su disgusto si Juan, con el inalterable acento persuasivo de siempre, no redarguyese a nuestro filósofo en estos términos:

—Nadie ha visto aquí con malos ojos vuestras actividades y vuestros éxitos. Sería un grave contrasentido que al Señor, que puso en la naturaleza todos esos elementos con que operáis, le desagradasen vuestras conquistas, es decir, el descubrimiento de las propiedades de los cuerpos, las leyes que a éstos rigen y sus diversas aplicaciones. Tan absurdo es pensar tal cosa, como suponer que le parece mal que os alimentéis con la rica harina que se obtiene del trigo y que os

endulcéis el paladar con la miel de los panales. Mas no le pueden agradar vuestros ensoberbecimientos, ni el empleo ilícito que hacéis de la ciencia. La letra de molde os sirve lo mismo para proclamar una verdad, que para calumniar o injuriar al prójimo. De la energía atómica cabría pensar que no la habéis usado hasta ahora más que para destruir. Los argumentos en este sentido podrían multiplicarse hasta el infinito. En la mayoría de los casos, si acertáis a separar el error de la verdad, es porque obráis bajo algo así como una inspiración inconsciente o semidivina. Os sucede igual que a los grandes vates cuando alzan la hermosa arquitectura de sus poemas. ¿Qué soplo providencial no les habrá movido a tan admirables ideaciones? Ni *La Divina Comedia*, ni el *Quijote*, ni el *Fausto* pueden ser fruto del solo esfuerzo del hombre. A Dios le enfada vuestra soberbia, vuestro orgullo, vuestra vanidad, y el mal empleo que dais a las cosas. Detente a considerar este hecho: la casualidad os deparó la mayor parte de los descubrimientos. Habéis encontrado una cosa cuando ibais en busca de otra. Pausanias cuenta que a un asno se debe la poda de los sarmientos, pues al comerse los vástagos advirtiéndose que los sarmientos se desarrollaban con más vigor. Plinio cuenta cómo unos mercaderes fenicios con ocasión de calentar la comida en la ribera del lago Candebbia, descubrieron por casualidad el vidrio. Como observase el marqués de Worcester, que por efecto de la ebullición se levantaba la tapadera de una olla, concibió la idea de la fuerza del vapor. A una rana se atribuye el descubrimiento de la electricidad y a una manzana el de la gravedad. Casualmente también fueron descubiertos los rayos *roentgen* y la *penicilina*. Y si pasamos al orden filosófico, ¿qué éxitos os habéis apuntado? Desde Aristóteles hasta ti no habéis hecho otra cosa que girar en torno de las mismas cuestiones sin resolver ninguna. Unos sistemas sustituyen a otros, pero como la filosofía siente la nostalgia de lo pasado, se restauran ciertas doctrinas que habían perdido toda vigencia. Plotino y Porfirio resucitan a Platón; los escolásticos a Aristóteles, y Fischer y Liebmann a Kant. En pie están todos los problemas que se han ido planteando la especulación. ¿Qué es el alma? ¿Cómo está unida al cuerpo? ¿Son los ángeles espíritus puros? ¿Qué puentecillo de sutilísima estructura une la conciencia o sentido íntimo con el mundo exterior? Para la historia los orígenes de los pueblos siguen siendo una nebulosa. La falta de probidad en la interpretación y narración de los hechos es causa de que la mentira ocupe el puesto de la verdad. Los prejuicios, las pasiones políticas, el odio, la hipocresía, la adulación, el servilismo desfiguran el acontecer histórico, y cuantos

aprovechan más tarde estos materiales dilatan o prorrogan el error. ¿De cuántas obras verdaderamente originales podéis enorgulleceros? ¡Ah, vuestro espíritu creador es de una capacidad muy limitada! Os copiáis unos a otros sin el menor rubor. Emplearé la palabra imitar para no heriros demasiado. Virgilio imitó a Homero, Horacio a Virgilio, fray Luis de León a Horacio. Shakespeare tomó de aquí y de allá cuanto le convino. Corneille remedó a Guillén de Castro, a Lope y a Alarcón, y Lesage se apropió de todo un género literario: la novela picaresca. ¿Qué tiempo tardásteis en desterrar la esclavitud y el feudalismo? Ahora la lucha entre el capital y el trabajo se ha hecho más cruenta, y a pesar de vuestra copiosísima legislación social, verdadera selva de los trópicos, los dos polos —el obrero y el patrono— siguen siendo dos cargas eléctricas de signo contrario. ¡Ay, mi buen Itacos, vente a razones y depón toda actitud impropia de ti y del sitio en que nos encontramos! No afirmaré yo que el mundo sea una bola de cieno, como dijo cierto diabólico pensador, pero tampoco es un Edén. Lo corroe la lepra de todos los vicios. Las columnas de los siete pecados capitales siguen enhiestas y desafiando a Dios. Ya que por uno de esos insondables decretos de la Providencia has conseguido arribar aquí, olvídate de la Tierra y prepara tu alma para llegar al ápice de toda verdad.

Las almas habían oído con mucha complacencia a Juan. Bien lo denotaban sus semblantes, en los que reinaba de nuevo la serenidad y el contento. Itacos, sin embargo, aún cuando coincidía con Juan en algunas cosas, se aventuró a decir:

—Si no fuera porque te conocemos y porque en este sitio en que estamos no es posible profesar tales doctrinas, pensaría, Juan, que tienes una concepción del mundo demasiado pesimista. No voy a disculpar los crímenes y las torpezas de los hombres. Si queréis que os diga la verdad, cada vez que abro las páginas de la Historia me lleno de vergüenza. ¿Qué pueblo existe sobre la faz de la tierra que no haya cometido los delitos más tremendos? Y no se diga que son los beduinos, los hotentotes o los cipayos los principales infractores de la ley moral y del derecho positivo. Apenas fundadas las primeras ciudades griegas apodérase de todas el odio, la envidia, la lujuria, el despotismo, la soplonería. Timofanes es muerto por su propio hermano. Critias hace matar a Terámenes. Tito Livio ha dicho de César que no se sabía si fue más nocivo que útil a su patria. Bruto se deshace de él. Enrique III manda asesinar al duque de Guisa, y Jacobo Clement mata a Enrique III. No hay página de la historia que no esté manchada de sangre. Macbeth cuando mató al rey Ducán, ex-

clamó: «¡Todo el oceano inmenso de Neptuno no bastará para lavar esta sangre de mi mano!». Imagínate, Juan, los oceanos que se necesitarían para lavar las manchas de sangre de la historia. Si queremos saber lo que es la perfidia, la codicia, el escarnio, la ingratitud, la prevaricación, el latrocinio, no tenemos más que abrir la historia por cualquier parte. Unos cuantos hombres, escalonados en el tiempo a título de conquistadores, de engrandecedores de su patria, siembran por doquiera el dolor, la miseria y la peste. La soberbia escinde la religión en grupos diversos. El interés de Estado encadena a dos seres y labra su desdicha. Todo hecho singular y grandioso suele ir seguido de un sinnúmero de calamidades o de bajezas. Un hombre cuya nacionalidad se disputan varios pueblos descubre un día un nuevo mundo. El acontecimiento está inflamado de poesía épica. Pero unos cuantos «soñadores» aventureros emprenden la conquista y colonización, y la poesía épica del descubrimiento se convierte en un sórdido apetito de riquezas. Pero Juan, ¿no riñeron en el seno materno Eteocles y Polinices, Preto y Acrisio? Y sin embargo... amo la vida y siento la nostalgia del Mundo. No todo él es una ciénaga en donde chapotean los hombres. Al lado de esos criminales y ambiciosos ha habido un San Francisco de Asís y una Duquesa de Turingia. Y antes de que salieran de molde las comedias de Pedro Aretino y los cuentos de Bocaccio y de la Reina de Navarra, ya habían escrito sus mejores libros tus compatriotas el maestro Eckart y Enrique de Suso. No, Juan, la vida es hermosa y el mundo de donde yo procedo también lo es. Centenares de hombres modestos han renunciado a todo menos a ir en busca de la verdad. Saben lo difícil que es encontrarla; las austeridades que hay que imponerse para no dar a lo mejor más que con una fracción de ella. Conocen el dolor de las persecuciones, la amargura del fracaso y han estado más de una vez cara a cara con la muerte, y a pesar de todo, han seguido fieles a su misión. ¡Ah, quien pudiera estar al lado de ellos para decirles: «No os afanáis más por ahí, que no es ése el camino»... Y desceñirle después a la verdad, ante sus ojos, el velo con que se cubre. Pensaréis que soy un vanidoso y quizás tengáis razón. Pero reconoced que no todos los días, como en la presente ocasión, se brinda una oportunidad de saldar con ventaja la cuenta terrible de mis desvelos y de los de los demás. ¿Sabéis vosotros lo que supone para un hombre dado al conocimiento de la ciencia poder decir éste es el origen de la vida, y el alma es esto, y éste es el modo en que se juntan el alma y el cuerpo, y el tiempo es esto otro, y el espacio, y el infinito, y la materia, y el éter, y la luz, y la electricidad...

—¡Pobre Itacos, acabarás perdiendo el juicio! —exclamó Juan.

Pero nuestro héroe no lo oyó, embebido como estaba en sus pensamientos, y continuó así:

—Y me esperan Teresa y Juan, con la ternura de sus besos y de sus palabras. Y las maravillosas puestas de sol, allá en mi dulce y pequeño país de San Marino. Allí no se va la luz del día, como en las demás partes del Mundo. El crepúsculo tiene las más bellas coloraciones, desde el rojo encendido al ópalo. Y los cantos populares despiertan en el corazón vagos recuerdos de la juventud y levantan en él imágenes ya olvidadas. Y el heno fresco, recién segado, y el chirriar de las carretas camino de los almiarés hieren los sentidos, como heriría el alma un idilio de Teócrito.

Reemprendida la marcha a través de aquella como a modo de atmósfera luminosa y brillante, Itacos reiteró su deseo de platicar con algún esclarecido teólogo o filósofo, de los llamados al reino celestial.

—Dividida la filosofía en dos grandes grupos: intelectualistas y voluntaristas, dudo que se encuentren aquí Platón, Aristóteles, Sócrates, Orígenes, Eunomio, Spinoza, etcétera; pero no considero imposible sostener una conversación con Alberto Magno o Santo Tomás, de quienes puede afirmarse que están en el cielo. Lo mismo cabría decir de San Buenaventura y San Agustín, que pusieron en un mayor o menor grado la voluntad sobre el entendimiento, como hicieron más tarde Berkeley, Kant, Fichte y Schelling, por ejemplo, si bien estos últimos no habrán llegado a entrar aún en el cielo.

—Mira, Itacos, aunque te complaciese mucho el platicar con esos príncipes del saber, te esperan otros gozes más altos —observó Juan.

—Vengan cuanto antes esos gozos —repuso nuestro héroe resignadamente— pero ten la seguridad de que disfrutaría también lo indecible oyendo de labios de Santo Tomás y del *Doctor Sutil* la confirmación o rectificación de algunas doctrinas tuyas. Sabido es que no estuvieron de acuerdo en ciertas cuestiones trascendentales de teología o de metafísica.

—Tienes una concepción un poco extraña del cielo —dijo Juan con su acostumbrada templanza—. De todo lo que fue debatido en la Tierra, aquí no existe más que un vago recuerdo. Y así como a los químicos de hoy no se les ocurre volver los ojos a la alquimia de la Edad Media, ni a los creyentes resucitar los antiguos mitos, ten por seguro que ni Santo Tomás, ni el *Doctor Sutil*, cualquiera que haya sido el que estuviera en posesión de la verdad, tornarían, *sponte sua*, a enfrentarse con aquellas cuestiones.

¡Oh, quién tuviera el don de la palabra exacta, y el acento sublime con que David cantó las glorias del Señor, y el piadoso pincel de Fray Angélico, todo suavidad y ternura! Pero la lira que yo toco no tiene ritmo, ni música, ni rima, ni metro, porque la prosa es un pájaro con las alas llenas de plomo.

El éter en que Juan, nuestro héroe y las almas del cortejo estaban sumidos, parecía ahora un inmenso piélago de luz resplandeciente. De la lejanía llegaba leve rumor de cánticos. Sobre algo así como una finísima lámina de oro, cuyos confusos límites se perdieran en la distancia, había multitud de almas. Tan celestial concurrencia mostrábase con una fastuosidad deslumbradora. Allí estaban los Santos Padres, los doctores y altas jerarquías de la Iglesia, los mártires y bienaventurados, los coros angélicos. Vestían los primeros amplios mantos, que tenían la majestad de la toga romana. Los doctores lucían en sus bonetes la dorada borla simbólica. Las tiaras de los Papas y las mitras de los Obispos irradiaban una luz cegadora, como si las hubiesen rociado de diminutas piedras preciosas. También fulgían fuertemente los báculos y las cruces pectorales, y no desmerecían junto a este esplendor las vestiduras de lino o estameña, porque estaban iluminadas y despedían nítidos fulgores. Era todo aquello como una verdadera orgía de luz. Las cabezas de los mártires mostraban su aureola o nimbo; la figura corporal de los bienaventurados, finísima orla de claros destellos, y parecía un ascua el rubio cordaje de los instrumentos músicos, mudos aún en manos de los ángeles.

Con la gentil ayuda de Juan, no fue difícil a nuestro héroe reconocer entre aquellas almas a los primeros pensadores cristianos. San Justino, San Gregorio, obispo de Nissa, San Dionisio, a quien se atribuyen los libros llamados del Areopagita, San Agustín, San Isidoro, San Liciniano, San Beato, aparecían allí con sus largos mantos, de suaves pliegues, y sus bordadas sandalias, y la expresión beatífica de sus semblantes iluminados.

Seguidamente aparecieron algunos mártires. Cautivaban sus rostros por la serenidad y dulzura que en ellos resplandecía. Las tremendas huellas del dolor habían desaparecido por completo. Trascendía de aquellas almas como un efluvio de beatitud. Las desceñidas túnicas blancas que llevaban puestas brillaban suavemente como si las traspasase una luz interior. Un nimbo de aurirrosada claridad circuía la cabeza, y los cabellos largos o breves resplandecían como la miel o el ébano cuando reciben la caricia del sol.

—El que está en primer término es San Policarpo —dijo una de

las almas del cortejo— discípulo predilecto del apóstol San Juan. Fue martirizado en el anfiteatro de Esmirna. Síguele San Vicente, a quien el déspota Daciano mandó azotar. Se le sometió además a los tormentos más crueles: caballete, parrillas, garfios, planchas candentes y por último se le echó sobre trozos de vidrio. Junto a él está Santa Martina, que fue decapitada, y un poquito más allá, San Ignacio, segundo sucesor de San Pedro en la Cátedra de Antioquía, San Hermenegildo, que prefirió el filo del hacha a comulgar de manos de un obispo arriano, San Cleto y Santa Dorotea.

Itacos miró a todos con curiosidad y complacencia. San Hermenegildo aún conservaba su regio empaque. Estaban hondamente satisfechos de este ulterior destino. Así lo decía la placidez del rostro, el mirar alegre y dulce. Tenían no sé qué de ingravidas aquellas almas, como si unas alas invisibles las sostuvieran en el aire.

—*Justorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis*—exclamó Itacos, que recordaba este versículo del Libro de la Sabiduría.

Después miró a su derecha y vio un grupo formado por varios papas. Bien denotaban sus respectivos atuendos las distintas épocas de sus mandatos pontificios. Desde los toscos paños de San Fabián y San Marcelo al vistoso roquete de Pío V. Sostenían dulce y grave coloquio. Una llamarada de luz prestaba a sus cuerpos la más atractiva expresión. Sus movimientos eran suaves y reposados. Caíanle los mantos de amplios pliegues, hasta los pies, y tenían el semblante bañado de serenidad y de contento. Allí estaba San Sotero, y San Gregorio, y San Pedro Celestino, que poco experto en intrigas y expedientes cortesanos, renunció a la tiara y tornó a la vida eremítica; y San Melquiades, y San Gregorio VII, Hildebrando, por otro nombre.

Cuando volvió Juan al lado de Itacos, hablóle éste así:

—No es necesario que me digas con quién has estado conversando. Ese venerable anciano, de luenga barba blanca, ascética expresión y manos de largos y afilados dedos, es San Onofre. Y el que está un poco más allá, a su derecha, San Cristóbal. Los he conocido a través de un escritor profano y un tanto escéptico. Eça de Queiroz, y no me ha sido difícil el identificarlos.

Asintió Juan con la cabeza y un alma del cortejo reprochó al novelista portugués la paternidad de *O Reliquia*.

Avanzaron por entre aquella multitud de elegidos del Señor. Como los ojos de nuestro héroe mostrasen curiosidad respecto de algunas almas, Juan se adelantó solícito a cualquier pregunta,

—Estos escogidos de Dios que tenemos a nuestra izquierda son San Fernando de Castilla y San Luis, de Francia. Detrás de ellos está San Francisco de Borja, cuya figura bien revela esclarecido origen. Aquella alma que se encuentra un poco más lejos, y que por lo etérea y quebradiza parece la menos indicada a hacer cuanto hizo, es la que en el mundo recibió de un endiablado escritor el sobrenombre de *Doncella de Orleans*; y éstos que coloquian junto a nosotros, de seguro sobre los más sutiles temas teológicos, son Santo Tomás de Aquino y Santa Teresa de Jesús.

Miró Itacos a uno y a otro con singular delectación y tuvo que esforzarse mucho para no interrumpirles con su presencia. Como contrastasen tanto las figuras de aquellas dos almas, pues mientras el Doctor Angélico era obeso y rubicundo, la Santa de Avila mostrábase enteca y trashijadilla, observó Itacos sin el menor asomo de ironía, que hubiera sido anacrónico en aquel lugar, sino con todo encarecimiento:

—Qué cantidad de espíritu, si se me permite hablar así, no habría en el Doctor Angélico, cuando tantas veces rompió, para elevarse al ápice de lo divino, los pesados barrotes de su prisión.

A medida que pasaban por en medio de aquella muchedumbre de almas, la luz era más resplandeciente y cegadora. El ropaje de los purpurados se encendía como si una fuerte claridad les floreciese dentro. Las doradas borlas de los capelos y las hebillas, también áureas de los acharolados zapatos, despedían dulces reflejos. A seguido de estas dignidades había muchos sacerdotes que vestían ricas ropas litúrgicas. Debían de conservarlas en recuerdo de algún glorioso acontecimiento. Capas pluviales recamadas de diminutas perlas. Albas de finísimo hilo y espumosos encajes. Casullas y dalmáticas de oro, estolas y manípulos ricamente bordados. Tales vestiduras y piezas sagradas tenían ahora un no sé qué de aéreas e imponderables. Fulgían como el cáliz, la patena y el copón cuando los hiere vivamente la luz. Pero no se crea que esta fastuosidad producía como un deslumbramiento físico. Los colores y recamados de las ropas que acabamos de enumerar satisfacían todas las apetencias místico-estéticas de la mente, que entrando además en la consideración de símbolos y representaciones se sentía llevada en volandas a otros fines más altos.

—Me da grima pensar—observó Itacos con la más casta intención— que estas almas que tenemos en torno nuestro y que serán celebérrimas por algún motivo, me sean del todo desconocidas.

Juan satisfizo una vez más y en la medida que creyó conveniente, la curiosidad de Itacos.

—Aquí a tu derecha están Jacob y Abrahám. Aquel barbilindo que bien denota en la transparencia de los ojos y en la serenidad que todo él traspasa, la pureza de sus pensamientos, es José, hijo de Jacob. Síguele el profeta Elías, que, como tú sabes, tras de golpear con su capa las olas, atravesó el Jordán a pie enjuto. A nuestra izquierda, en grave y amoroso coloquio, están los Apóstoles. Las cimbrias de sus mantos conservan el polvo, en oro convertido, de cuantos caminos recorrieron para predicar el Evangelio. Y esa alma que ves ahí delante, cuyo hermosísimo rostro, trasfigurado por el amor divino, reconocerás tan pronto lo mires, es María Magdalena...

Itacos no sabía en quién fijar los ojos primero. Iba de una en otra alma, como la corriente va de uno a otro polo, y tras esta impresión inicial, más de aturdimiento que de otra cosa, contemplólas ya con mirar reposado y discursivo.

—¡Cuánto disfrutaría platicando con cada una de ellas! —exclamó nuestro héroe—. Siempre tuve las Escrituras, aparte su significación religiosa, por verdaderos mundos poéticos en los que el acontecer es siempre singular y maravilloso. Despojazlas de su carácter divino, considerazlas simplemente como concepciones humanas y seguirán teniendo un valor muy alto. Por eso estimo que todo el que mantenga relación con lo bello: un poeta, un pintor, un músico, viene obligado a poner sus ojos en esas páginas admirables.

Hubo un corto silencio que Itacos interpretó como aquiescencia respecto de cuanto acababa de manifestar.

—Ese ángel que ves ahí, cuya hermosura nada tiene que envidiar la de Ganimedes o la de Antinoo —observó una de las almas que iban junto a nuestro héroe, la cual debía de haber sido en la Tierra muy inclinada a la antigüedad clásica— es el arcángel San Miguel, que ha inspirado a tantos artistas, pero sobre todo al Perugino.

—Y esa alma que está un poco más cerca de nosotros —dijo Juan— y en cuyos ojos se nota, a pesar de la presente dicha como una sombra de melancolía, que no es otra cosa que el recuerdo del bien perdido y de la conciencia traspasada por el dolor de la culpa, es tu primer padre, y mío y de todos los hombres.

—¡Adán! —exclamó Itacos, a la par que miraba con viva emoción al curioso comensal del árbol de la ciencia.

Sonaron los primeros acordes angélicos. Los instrumentos músicos, dulcemente tocados, tenían deliciosas sonoridades. La melodía que empezó a oírse ahora era algo ideal que estuviese por enci-

ma de toda posible realización. Arpegios y trémolos suavísimos, como el aliento hecho música de las almas que había en torno. Fulguraban más fuertemente que nunca las doradas clavijas de las cítaras. Los ángeles que tañían éstas iban vestidos de verde, blanco, amarillo, rojo, morado, azul y morado oscuro, simbolizando así cada color un Sacramento. Ya Van der Weyden había intuído esta significación. ¡Cómo se llenaba de armonías el ámbito celestial! Todo parecía preparado para llamar poderosamente la atención de Itacos. Resplandecían las almas, envueltas en rutilantes cirros de luz. Los majestuosos mantos de los Apóstoles parecían ahora más ingravidos. La espada del arcángel San Miguel era como un dormido torbellino de fuego, y la venerable calva de San Onofre brillaba como un panal iluminado.

—¿Quieres decirme, Juan, en qué parte del cielo estamos?— preguntó nuestro filósofo.

—Estas almas que nos rodean constituyen la corte celestial. Pertenecen a distintas esferas porque el grado de perfección de cada una es diferente. Pero tal diversidad jerárquica no empece para que pertenezcan a la corte de Dios, en la que ocupan el lugar que les es debido. Sólo una esfera nos separa de la Esencia divina. Enseñóranse de tal ámbito inefable la Virgen María y su Hijo Jesús. La música que estás oyendo es un canto en loor de ambos. Todas las almas expresan por tan alto modo los más dulces deliquios, para caer últimamente en arrobamiento. Alcanzado este grado beatífico, Dios envía su gracia, a través de la Madre y del Hijo, a los elegidos de su corazón y es como una pasarela ideal por la que ascienden hasta la intuición sobrenatural del Padre. Comprenderás fácilmente que para sumirse sin transmutarse en la Esencia divina como en abismo de luz increada es necesario haber logrado la suma perfección. El alma es como un peregrino que tras de recorrer incalculables distancias pide y obtiene alojamiento en la posada del amor de Dios.

—¡Quién pudiera estar al final de ese viaje!— exclamó Itacos.

—Tú eres el que tiene que llenar el vaso, aunque sea Dios el que pueda hacer que se desborde— repuso Juan, dulce y persuasivo.

Habían enmudecido de pronto los coros angélicos y un hondo silencio, lleno de gravedad, hizo audible el remoto son de las esferas.

—Almas que me escucháis— comenzó diciendo un querubín, más rubio que el sol, vestido de blanco y con las hermosas alas ligeramente abiertas— tenemos entre nosotros a Itacos, el gran filósofo de San Marino, que por decreto de la divina voluntad ha entrado en el

Reino de los Cielos. Aquí le tenéis - y en un raudó y breve vuelo se colocó junto a nuestro héroe.

-¡Itacos, bien venido seas a esta paz inefable!- oyóse decir en derredor.

Itacos sintió un profundo azoramiento. Era una mezcla de temor y de alegría. Dióse cuenta de que todos le miraban, con lo que aumentó su turbación. Hubiera querido desaparecer para ocultarse en algún rincón del Universo. Juan vino en su socorro.

-Sobreponete a tu emoción y dí algo que revele lo contento que estás de encontrarte entre nosotros.

Costóle mucho a Itacos reponerse de su natural atontamiento, pero consiguió al fin pronunciar estas palabras:

-Comprenderéis cuán grande es mi turbación. Perdonad si sólo acierto a daros las gracias por vuestro saludo.

Rodeáronle las almas hasta formar un denso círculo en torno suyo. Serafines y querubines, con sus salterios mudos, giraban en lo alto, envueltos en los fulgores de su propia resplandecencia.

-No seas bobalicón- dijo Juan con la mayor dulzura- y muestra de algún modo tu ingenio, pues estás rodeado de las almas más esclarecidas del Cielo. Ahí a tu derecha tienes a Santo Tomás de Aquino y a la mística doctora Santa Teresa de Jesús. Un poco más allá están San Bernardo y San Buenaventura; y a tu izquierda San Agustín.

Itacos miró a unos y a otros con emoción y curiosidad profundas.

-Estaba deseando encontraros y conversar con vosotros, y ahora que os tengo junto a mí no acierto a exteriorizaros mi pensamiento.

-Conocemos tus tribulaciones- observó San Jerónimo, cuya ascética figura aparecía fuertemente iluminada.

-En tú corazón se libra una batalla terrible- exclamó San Bernardo.

-Dios ha querido premiar tu nativa bondad, a cuyo fin te ha traído a su reino, pero aún tienes la mente cargada de recuerdos del mundo que acabas de dejar- notó San Buenaventura.

-La soberbia es como una montaña cuya cima no alcanzasen a ver los ojos- dijo San Agustín entre admonitorio y persuasivo.

-No hay océano alguno cuya extensión pueda compararse con lo ilimitado de la vanidad- razonó una de las almas del cortejo.

-Has concedido siempre excesivo valor a la ciencia humana- objetó el de Aquino con severo semblante.

-¡Señores, señores!- exclamó Itacos en un resabio de la Sorbo-



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres: Plaza de Santa María, con el Palacio Episcopal al fondo. (Foto Javier).

na— Moderad vuestros ataques y dejadme que me reponga de mi natural aturdimiento.

—Todos estamos muy bien dispuestos —observó San Buenaventura— Pero tienes que abandonar toda pretensión filosófica o científica.

—No es la sabiduría de la mente, sino la del corazón la que nos acerca más al Señor— intervino con dulce acento Santa Teresa de Jesús, que hasta este instante había permanecido callada.

—Las obras de caridad de San Vicente de Paul —adujo San Anselmo, que estaba también presente— y las evangelizaciones de San Francisco Javier, han pesado más en la consideración de nuestro Padre Celestial que el binomio de Newton o los teoremas de Euler o de Guldín.

—Todo el saber de los hombres es una columna de humo que se disipa. Sólo la verdad de Dios queda— susurró un ángel al oído de Itacos.

—Un corazón lleno de amor, vale más que una mente llena de ciencia— dijo San Onofre, cuya testa reluciente parecía un ascua de oro.

—Hay mucha menos diferencia entre un gusano de luz y la estrella más gigante, que entre la brizna de vuestras verdades y la verdad absoluta— afirmó ahora Santo Tomás.

Y así, incesantemente, fueron las almas asaeteando a nuestro héroe, que acabó creyéndose en medio de un terrible avispero.

—A todos quisiera atender— repuso con voz todavía temblorosa —pero no sé a quien contestar primero.

—No es necesario que nos contestes —dijo San Bernardo— A ninguno de nosotros nos son desconocidas tus razones.

—Aquí no se viene a polemizar —intervino de nuevo San Agustín— Depón todas tus potencias ante el trono de Dios y verás como se te llenan de luz los senos más recónditos del alma.

—Enloqueceré si no me dejáis poner un poco de orden en mis pensamientos— exclamó Itacos con mal reprimido disgusto.

—No habrá paz en tu corazón —observó San Buenaventura— en tanto no renuncies a la idea de volver al mundo.

—Ya sé que para vosotros no hay ningún pensamiento oculto —repuso nuestro héroe más dueño de sí.

—Deseas volver a la Tierra a abrirle bien los ojos a los sabios, Prefieres dejar boquiabiertos a los congresistas de la Sorbona a ascender a las últimas esferas —afirmó San Anselmo, entre adusto y compasivo.

Un tropel de ángeles músicos cruzó el aire. A pesar de la precipitación de su marcha no sólo tañían sus instrumentos, sino que entonaban vibrantes cánticos. La luz era cada vez más viva y cegadora. Parecía como si multitud de soles despeñados hicieran converger sus rayos sobre aquella parte del cielo.

—¡Rindamos al Señor vuestras voluntades y cantemos sus glorias!
—¡Aleluya!... ¡Aleluya!

Crecía el clamor como un trueno que inundase de sonoridad el espacio.

Tan pronto se apagaron las voces, Itacos habló de este modo:

—Me explico perfectamente vuestra irritación. Habéis cultivado la virtud por encima de todas las demás cosas. Dios está en vuestros corazones. Os gobierna los sentimientos y llena de luz el tabernáculo de vuestra conciencia. En el Mundo dísteis ropa al desnudo, visitásteis al enfermo, enterrásteis al muerto. Si habéis filosofado en torno a la verdad ha sido con la idea preconcebida de justificar a Dios, de reconocerle y erigirle en señor vuestro; de vuestras vidas y haciendas. El espectro de la duda jamás traspuso el umbral de vuestro pensamiento. Tampoco os habéis sentido nunca inclinados a la especulación por la especulación. Vuestras construcciones filosóficas muestran sin esfuerzo la ingenuidad y el candor que las inspiraron. Pero la metafísica ha envejecido mucho y a través de sus páginas se advierten fácilmente los torcedores de la duda, de la angustia, de la impotencia. Vosotros no comprenderéis nunca, como es natural, que la posesión de una verdad pueda hacernos caer en el más terrible hastío.

Un murmullo de desaprobación opuso duro correctivo a las palabras de Itacos.

—Para los hombres de ciencia la vida ha sido atrozmente áspera —prosiguió éste sin denotar ahora turbación alguna—. Desde los albores del espíritu allá en la noche de los tiempos, ¿cuántos graves problemas no han abatido la mente humana? ¿Hay alguno resuelto? La verdad y el error se siguen disputando desde entonces la plenitud de la conciencia. Ni la verdad ha destronado al error, ni el error ha destronado a la verdad. Ambos poderes continúan la batalla entablada. La filosofía, ya se desentiende de las demás ciencias para elaborar con plena autonomía sus sistemas, ya se asocia incluso con las más groseras disciplinas del conocimiento. Tan pronto recobra su antiguo poderío de primera ciencia, como se hace positiva y empírica, y da pena mirarla. No es una reina, sino una esclava. El proceso interminable de sus conquistas y de sus fracasos, es la historia del

hombre, de sus alegrías y de sus dolores. Dejadme que admire a esa legión de sabios que gira atenta en torno de las cosas para apoderarse de sus secretos. Aún cuando digáis que es la ciencia del corazón la que nos hace más accesibles estas esferas en que nos movemos ahora, yo seguiré considerando al filósofo, al inventor, al que descubre algo trascendental, como héroe de la más sublime epopeya. Son honestos, sobrios, humildes. El mundo, como teatro de actividad social, queda fuera de las paredes de sus laboratorios, de sus gabinetes de estudio, de sus clínicas. Aborrecen la vida de relación, porque sólo viven para sus retortas, y sus cálculos, y sus análisis, y sus experiencias. Les han salido callos en el pensamiento de reflexionar sobre las cosas. Andan siempre cavilosos y abstraídos, vueltos hacia su mundo interior. Establecen relaciones y forjan conceptos. Se pasan horas enteras doblados sobre el microscopio, y cuando algún grave asunto les retiene empalman la noche con el día. ¿No es esto también una modalidad del martirio? (Nuevos murmullos de desagrado). ¿De un martirio incruento si se quiere, pero martirio al fin? Quien busca la verdad busca a Dios que está en ella, y en el camino de la verdad abundan los trozos de vidrio, y los caballetes, y las parrillas, y los garfios, y las planchas candentes. No menospreciemos el esfuerzo de los hombres, las batallas que libran por arrancarle a las cosas el velo en que ocultan su verdadero ser. Son héroes con las manos limpias, ya que de la torpe aplicación que de la ciencia hagan los pueblos no hay por qué culpar a los sabios.

San Onofre miraba a nuestro héroe con cierta curiosidad mezclada de compasión. San Bernardo había intentado interrumpirle, pero no lo hizo, y San Agustín se pasó la mano por la barba como si dudase lo que debía hacer.

—Admiro vuestra santidad —prosiguió Itacos cada vez más seguro de su persona—, el candor primitivo de vuestras especulaciones; la buena fe con que acudís a analizar las cosas. ¡Qué lejos estábais del atormentado espíritu del siglo XIX y de la grosera sistematización filosófica de un Haeckel, por ejemplo, el del «vertebrado gaseoso». ¡Yo me inclino ante los mártires, que dieron la vida por Cristo; ante los Apóstoles, que recorrieron los caminos del mundo predicando el Evangelio; ante los Doctores místicos, que desatados los lazos que les unían a la naturaleza humana, fueron a fundirse en la Esencia divina; ante los ascetas, y los penitentes, y los contemplativos... Milicias sin otras armas que las del amor, y la caridad, y la sencillez, y la obediencia, y la abnegación. Pero, ojo. No compartiré actitud alguna que vaya en menoscabo de los hombres de ciencia.

Disculpad mis palabras, si no son de vuestro agrado; pero me debo a la verdad y la verdad es ésta. La ciencia tiene también sus héroes, sus mártires y sus santos. (Murmillos desaprobatorios). Admirable es San Vicente de Paúl, ¿no es eso?; pues admirable es también Pasteur, y Roentgen, y los esposos Curie, y Fleming. Medid objetivamente el esfuerzo de estos seres extraordinarios y os llenaréis de asombro. ¡Cuántas enfermedades barridas del mundo o al menos aminoradas! ¡Cuántas vidas arrancadas a la muerte! ¡Cuántos sufrimientos evitados a la humanidad! Admito que en la escala de los valores morales ocupéis los santos, los apóstoles, los mártires los puestos más altos; pero rechazo resueltamente que en esa jerarquía no corresponda algún grado a los benefactores del hombre; esto es, a los filósofos que pretenden sistematizar en una perfecta coordinación cuanto hay dentro de nosotros y en torno; a los que queman el combustible de su genio inventivo en aras de la civilización, que es tanto como decir de la felicidad, ya que cuanto más fácil, cómoda y atrayente sea la vida, y a esto aspira todo progreso humano, más felices seremos; a los que descubren los secretos de la naturaleza y la gobiernan con tal tino que el hombre puede considerarse entonces como verdadero rey de la Creación... Porque si admirable es la vida contemplativa de María, admirable es también el honesto y servicial dinamismo de Marta.

Itacos hizo una breve pausa, y después afirmó con decisión:

—No habrá, pues, de sorprenderos que por un espíritu de solidaridad con los hombres estudiosos e investigadores, muestre deseos de volver a la Tierra, para enseñarles el camino de la verdad científica.

—¡Anatema! ¡Anatema! —se oyó exclamar a multitud de almas.

Fue como una explosión súbita, como un dique que se rompe o como una negra nube que descarga su caudal. No debió de quedar un solo habitador del Cielo que no lanzase la misma exclamación. Los Santos Padres, y los Apóstoles, y los coros angélicos, y los mártires, y las almas de los que en el Mundo habían sido las altas dignidades de la Iglesia, y los místicos, y los penitentes, y los ascetas. Todos clamaban contra la impostura de nuestro héroe. San Bernardo no recordaba en el largo tiempo que llevaba en aquellas cumbres celestiales, ningún caso parecido. ¡Preferir a escalar las últimas esferas, el volver al Mundo! ¡Considerarse más obligado con los sabios que con la sabiduría por antonomasia! ¡Sentir más deseos de ir a la Tierra a enseñar la verdad a los que tan ávidamente la buscan, que de ver a Dios, cara a cara, *facie ad faciem!* A San Jerónimo se le ha-

bía afilado el perfil y parecía todo él agudo y cortante como una espada. Mirábanse los Apóstoles unos a otros como si quisieran intuir en sus semblantes una mutua aquiescencia de repulsa. San Agustín pensó que si no se trataba de un caso igual al de la rebelión de los ángeles, había respecto de ella un vínculo de afinidad más o menos remoto. Y el Doctor Angélico ponía en duda la sana razón de Itacos y exclamaba con mal reprimida cólera: «¡Cuán grande es la misericordia de Dios cuando aún no ha fulminado anatema contra esta alma ensoberbecida y vanidosa!».

Crecía la indignación. El murmullo de los que repudiaban aquella actitud blasfema, engrosaba como el caudal de un río cuando se rompen las esclusas del cielo. Adán levantó el puño, amenazador. Santa María Egipciaca dijo unas palabras ininteligibles, pero por la expresión de su rostro bien revelaban su recriminatorio significado. Humedeciéronse los ojos a Santa Teresa, y Juan, que seguía junto a nuestro héroe, murmuró: «Es una pobre alma a quien la ciencia ha perturbado la razón».

Mas el agitado mar de los descontentos se hacía cada vez más corajudo e impetuoso.

—¡Sacrilégio! ¡Sacrilégio! —se oía ahora decir.

Y ensordecía el ruido de los ángeles, que se habían puesto a batir furiosamente las alas. El éter tomó un color cárdeno y el remoto son de las esferas se hizo más claro y penetrante, como música venida de sabe Dios qué rincones del Universo.

Itacos, con los brazos cruzados sobre el pecho, no en actitud desafiadora, sino resignada y doliente, permanecía en silencio.

Los ángeles músicos, como si quisieran desagraviar al Señor, ejecutaron un himno cuya bellísima melodía, profundamente evocadora de la misericordia de Dios, iba como flotando en un mar de brillantes acordes. San Buenaventura bisbiseó unas palabras que no se oyeron. Legiones de ángeles resplandecientes cruzaban el espacio. Vestían albas túnicas de finísimo hilo, ceñidas a la cintura por un cingulo de oro.

Itacos comprendió que aquella situación era cada vez más insostenible. Un íntimo rubor se iba apoderando de su alma. En torno suyo crecían la inquietud y el descontento. ¿No se le consideraría como un réprobo o endemoniado sustancialmente anacrónico en aquel lugar? Y sin embargo, su deseo de volver a la Tierra no se debilitaba por tales reflexiones. Unas veces era la Sorbona la que se erigía en su conciencia como un símbolo del saber humano, y otras las sencillas imágenes de Teresa y Juan.

Confundiéronse de nuevo en el aire las palabras de terrible condenación. Aumentó el desasosiego y a través de aquel enjambre de voluntades hostiles a nuestro héroe, se perfiló una sola idea. ¿Qué razón había ya para retener a Itacos en el Cielo? ¿No habían fallado todas las tentativas de conformar su pensamiento con las especies de la conciencia sobrenatural? «¡Anatema! ¡Anatema!» —volvió a oírse por doquier. Era un incontenible *in crescendo*, que rodaba como un trueno ensordecedor. Todo el ámbito celestial se llenó de estas tremendas resonancias. Flotaban en el aire, como impulsados por un torbellino de indignación, los rubios rizados de los ángeles y los amplios mantos de los Apóstoles, y las túnicas iluminadas de las vírgenes mártires. Se había encendido aquella especie de atmósfera ideal en que todo aparecía inmerso. San Jerónimo denotaba en la crispación del rostro, la cólera interior que sentía; Jacob mesóse la crespada barba negra que le cubría la faz, y la brillante espada del arcángel San Gabriel flameó de nuevo como afilada antorcha.

De entre aquella muchedumbre de almas, consumidas por idéntico furor, destacóse una de bien denotada fortaleza. Anchos y recios los hombros, robusto el cuello, de gañán, y todo musculoso y membrudo, casi como un cíclope. Atezada la piel, y el pelo y la barba abruptos como maleza. Era San Cristóbal, cuyo porte varonil había inspirado al Ticiano. Se adelantó hacia nuestro héroe. Le hizo girar convenientemente, y tras de colocar la planta del pie desnudo en aquella parte de Itacos que en el Mundo le sirviera para sentarse, imprimióle vigoroso impulso.

El gran filósofo de San Marino había sido arrojado del Cielo.

¡Itacos! parecía que decían las esferas al girar en el espacio. ¡Itacos! gritaron las almas, abandonando por un momento su natural continencia. ¡Itacos! exclamaban todos los mundos habitados. Después sonó una terrible risa cósmica, que fue despeñándose por el éter hasta llegar a los más apartados rincones del Universo.

PEDRO ROMERO MENDOZA



El mar cercano

Atrás quedó el torrente, quedan lejos
las afiladas aguas y la roca
pulida día a día
por las limpias arenas, tan someras
que cualquiera vería sus tesoros
desde la misma orilla.

Atrás quedó aquel sol de madrugada
que filtraba los iris
en el polvo cernido de la espuma
y los zurcía luego con la hierba.

Atrás quedó el chaparro, bronco y joven,
el madroño, los brezos y la jara
con el color moreno
y un zumbido de abejas
en las llagadas flores aromosas.

Y atrás quedó el azor, el risco agudo,
el águila caudal y aquel lucero
que navegaba sólo
la más inaccesible altanería.